

BX 874

D53

C38

BMU Raúl Rangel Flores
UANL
FONDO
EMETERIO VALVERDE Y T.



NOS EL DR. DON IGNACIO DIAZ, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Obispo de Tepic, al Venerable Clero y fieles de la Diócesis, salud y paz en Nuestro Señor Jesucristo.

Un año ha que la populosa ciudad de Mazatlán fué infestada por la peste negra. Los muertos eran muchos, y mayor el número de los enfermos. Todas las familias estaban afligidas y llenas de temor, y la consternación y el pavor se hacían generales, con la emigración de muchísimos, la institución del lazareto y lugares de observación para los enfermos sospechosos de peste, y por la severidad con que eran cumplidas las prevenciones sanitarias. El pánico cundía por la República, y en todas partes comenzaban á dictarse muy serias determinaciones para impedir la invasión, siendo una, importantísima, la de enviar crecidos auxilios pecuniarios para la ciudad invadida—Luego que el Sr. Jefe Político del Te-



Capilla Alfonsina

41598

ritorio, cumpliendo con el oficio de velar por la salud común, hizo saber que eran ciertos el peligro que corría el país y la desgracia de aquella ciudad, os dirigimos una carta, ordenando que se hicieran preces públicas contra la peste, se ayudara á las autoridades á conjurar el mal, se hicieran los preparativos necesarios para el caso de invasión y se procurara no perder el valor ni la confianza en Dios.

Gracias á la Divina Providencia, el mal quedó, primero casi localizado, y después enteramente extinguido; porque Dios, que lo quiso, dió eficacia á los medios empleados, y ciencia y actividad á los que eligió para instrumentos suyos en remediarlo. Si no fuera eso, á estas horas, en vez de paz y prosperidad, no habría en la República sino inquietud indecible, miseria espantosa: la población estaría en gran manera disminuida y debilitada, por la muerte, la enfermedad, la tristeza y el terror, buscándose en vano á muchos hombres que por ahora son su esperanza; los pueblos estarían escuetos, con muy pocos moradores, que vivirían temerosos entre las cenizas y las ruinas: y el mal sería tan grave y tan extenso, que en lo humano, sería imposible remediarlo. Mas no sólo se extinguió la peste, sino que fué esto sin que en la Diócesis se turbara en nada por ella el bienestar general. Habría sido un bien que cesara; lo fué más grande, que no la invadiera, ni por sí, ni por sus consecuencias desastrosas. No hubo espanto, ni emigración, ni desequilibrio en los negocios, ni ex-



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

ceso en las prescripciones sanitarias.—*En el día del Señor* se sabrán los efectos que en el orden de la gracia produjo la peste: como anticipo, diremos que edificaba el imponente espectáculo de la procesión de rogativa; que el pueblo acudía fervoroso; que muchos se acercaron á recibir los santos sacramentos, y que la sociedad se aprestó para socorrer á los necesitados y ofreció sin limitación sus recursos (+); para prepararse á la invasión, todo lo cual quiere decir temor de Dios y caridad cristiana.

II

Como católicos, estamos lejos de afirmar con el fatalismo, que nos libertamos de la peste, porque estaba determinado, sin que Dios interviniera: ó con el deísmo, que sucedió, sin que lo ordenara la Divina Providencia; pues *creemos en un sólo Dios Padre Omnipotente, creador del cielo y de la tierra y de todas las cosas visibles é invisibles* (1) y que la Divina Providencia, *que alcanza de fin á fin con fortaleza y todo lo dispone con suavidad* (2), se extiende hasta las cosas más pequeñas, que son gobernadas por ella, aunque según el orden, se valga de las superio-

† Nos los ofreció la Casa del Señor Don Domingo Aguirre, por conlucto del Señor Don Faustino Somellera, diciéndonos que se contara con ella para todo, y que desde luego podíamos disponer de los fondos necesarios. Lo consignamos, para darle un testimonio público de agradecimiento, para que el pueblo sepa lo que iba hacer por él, y para que la historia tome nota. De nada dispusimos, sólo porque juzgamos que aun no llegaba la hora.

(1) *Simbol. Nicenoconst.*

(2) *Sabid. VIII. 1.*

res, para regir á las inferiores. Por lo mismo, vemos en todo aquello no sólo el beneficio que es la superficie, ni la pura naturaleza que no es sino un ministro de Dios, sino á Dios mismo, que está como en el fondo (3) y es el bondadoso bienhechor, que libremente dispensa sus favores, y que, satisfaciendo los justos deseos de sus creaturas, hace que las oraciones que se le dirigen sean tan propiamente causa de los acontecimientos, como las mismas causas naturales (4). No pensar, sería falta de fe.... y en todo caso, grande ignorancia ó inconsideración muy reprehensible.

Hemos, pues, recibido de Dios un beneficio muy grande, y le debemos por él inexplicables acciones de gracias. Dios, diría S. Bernardo, ha puesto sobre nuestros hombros la ligera carga de sus beneficios. Nos libertó de la peste, para que le quedáramos sujetos de nuevo por la gratitud (5).

[3] Alabad al Señor, de los cielos.....todas sus virtudes De la tierra, los dragones y todos los abismos. El fuego, el granizo, la nieve, el hielo, el aire; que hacen lo que dice. SALM CXLVIII. 1. 7. 8.—Los cielos son obras de tus manos.... y como un vestido los mudarás, y serán mudados.—SAN PABLO. Hebr. I. 10. 12.—Hermosísima comparación en que se llama al universo vestido esplendente de Dios, cuya gloria reluce con toda claridad y perfección en sus obras.—VAN STEENKISTE.

(4) Si las preces se comprenden en el orden universal, por ordenación divina han de tener algunos efectos como las otras causas. Sería, pues, lo mismo excluir efecto de la oracion, que el de las otras causas comunes.—STO. TOM. Cont. Gent. L. III. XCVI.—Los cuerpos naturales alcanzan la satisfacción de su apetito. Pues con mayor razon las sustancias espirituales, la de sus deseos, que por la oración presentan á Dios.—Id. Id.—XCV.

[5]Cuál es la carga de Cristo, cuál la carga ligera?... Cuando nos descarga del pecado, nos carga con el beneficio.—S. Ber. Srm. XV sobre el Salmo XL.

III.

Dios, que es infinitamente justo, quiere que á cada uno se le dé lo suyo; y por lo mismo, agradecimiento á los que hacen beneficios. Por eso quiere que se le agradezcan los que él mismo dispensa. Y de tal modo lo quiere, que castiga terriblemente á los que no lo glorifican como el Señor, ó no le dan las gracias (6). Por eso en varios lugares de la Santa Escritura, enseñando y previniendo, dice: *Sabed que yo soy el Señor: cosa que importa mucho á Dios, que no dará su gloria á otro* (7), y también al hombre, para que le sea agradecido, confié en él y le tema. *El hijo honra al padre*, dice por el profeta Malaquías (8) *y el siervo al señor: si yo soy el Padre, ¿donde está mi honor? y si el Señor soy yo, ¿donde el temor que se me debe?* Por eso estableciendo la fiesta de la Pascua, dijo Dios: *El séptimo día será la solemnidad del Señor..... Y en aquel día le referirás la historia á tu hijo, diciéndole: Esto es lo que hizo conmigo el Señor cuando salí de Egipto. Y será como un signo en tu mano, y como un recuerdo que tendrás á la vista: y para que la ley del Señor siempre esté en tu boca, porque el Señor con fuerte mano te sacó de Egipto* (9). Por la misma razón, dijo

(6) *Porque* habiendo conocido á Dios, no lo glorificaron Cómo Dios, ó *le dieron las gracias* los entregó Dios á los deseos de sus corazones ... S. PABLO. Rom. I. 21. 24.

(7) Isai. X LVIII, 11.

(8) Malaq. I. 6.

(9) Exod. XIII. 6. 9.

Ntro. Señor Jesucristo, á un leproso, á quien junto con otros nueve había sanado milagrosamente, y que era el único que volvía para darle las gracias: *¿Qué no fueron purificados los diez? y los nueve donde están? No hubo quien volviera y diera gloria á Dios sino este extranjero. Y le dijo: Levántate, vete, porque tu fe te ha hecho salvo* (10). Donde se ve cómo extrañó la ingratitud y se quejó de ella. Y así como manifestó desagrado por la ingratitud de los nueve leproso, justificó á las muchedumbres de discípulos que, al acercarse á la bajada del monte Olivete, llenas de gozo alababan á Dios por lo que habían visto, y dijo á algunos de las turbas de los Fariseos, que le decían que increpara á sus discípulos: *Os digo que si éstos llegaren á callarse, hablarán las piedras* (11). Y lo que es más significativo: siendo Dios, daba las gracias á su Padre, cómo se vió que lo hizo antes de la multiplicación de los panes y de resucitar á Lázaro, antes y después de instituir la Sagrada Eucaristia (12) y en otras muchas ocasiones. Por todo lo cual, la Santa Iglesia predica el agradecimiento á los beneficios divinos, con la palabra, con el ejemplo, con las instituciones: y no contenta con que el pueblo responda que es justo y digno dar las gracias, añade: *Verdaderamente es digno y justo, equitativo*

[10] S. Luc. XVII. 17. 18, 19.

[11] S. Luc. XIX. 37. 39. 40.

[12] S. Juan. VI. 11. XI. 41. S. Luc. XXII. 19. S. Mat. XXVI. 30.

saludable que nosotros siempre y en todas partes te demos las gracias á Ti, Señor Santo, Padre Omnipotente, Dios Eterno, por Cristo Nuestro Señor (13). Digno de Dios, que es acreedor á ello, y del católico, que se degradaría, si no lo hiciera; justo, porque es darle lo que es suyo por el beneficio, y cumplir con un deber incontestable; equitativo, porque nuestras alabanzas, de por sí, no igualan á los beneficios recibidos; y saludable, porque la acción de gracias es principio de nuevos favores, y al quitar el impedimento para que los dispense, que es la ingratitud, allana á la Bondad Divina el camino para comunicarse.—Tiene mucha razón, la Iglesia, cuando exclama en un arranque sublime de entusiasmo, de gratitud y de amor: *Llenos de tu gloria están los cielos y la tierra. ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!*

Mas aunque se diera el imposible de que Dios no exigiera el agradecimiento, el hombre tendría que darle las gracias, si no se había de envilecer; porque aun los brutos aman y sirven á quien les hace bien. ¡Qué degradación! La denuncia enérgicamente el Señor, cuando dice: *Conoció el buey á su poseedor, y el asno al pesebre de su dueño: pero Israel no me conoció, y mi pueblo no entendió* (14). Y así la ingratitud es indicio seguro de inconsideración, de ignorancia, de infidelidad, por parte del entendimiento; y por la de

(13) M. R. Pref.

(14) ISAL. I. 3.

la voluntad, de perversion furiosa ó de insensibilidad, de frío y de muerte... Todo esto, decadencia, degradación, caracteriza á los tipos de la ingratitud; á Cain el egoísta, á Judas el traidor, al pueblo judío el deicida.—Y en el mundo de la gracia, *la ingratitud es*, según S. Bernardo, *enemigo del alma, aniquilación de los méritos, disipación de las virtudes, pérdida de los beneficios viento abrasador que seca la fuente de la caridad, el rocío de la misericordia, las corrientes de la gracia* (15).

Más bién se ve la necesidad de darle gracias á Dios por los beneficios que concede, si se considera el lamentable estado en que se hallan las sociedades modernas: en ellas muchos viven sin fe y contra la razon, como si no hubiera Dios; otros, con una fe tan débil, que apenas á la hora de la muerte los hace convertirse: otros, confesando á Dios con los labios y negándolo con los hechos: y por fin algunos y aun muchos, le sirven á Dios como Dios quiere. Padecen, pues, de ingratitud, hereditaria, crónica, muy difícil de curar. Por eso Dios quiere sanarlas con beneficios incontestables, grandes, generales y de seguro recuerdo, provocando así al agradecimiento y destruyendo con eso las causas de tan vergonzosas y graves enfermedades. La accion de gracias de la Iglesia y de los particulares avivará el fervor de los piadosos, estimulará á los negligentes, despertará á los adormecidos, y tal vez logrará

(15) S. Bern. Serm. LI. sobre El Cant.

que se arrepientan y comiencen á vivir cómo católicos, los infieles, que nunca creyeron, y aun los descreídos, que perdieron la fe. Mas recibir beneficios de Dios y no darle las gracias, sería confundirse con los impíos que quieren ser insensatos para siempre, ó con los que sólo á la hora de la muerte *quieren hacer todo lo que conviene*, ó con los que á sangre fría faltan á los deberes más sagrados. Tal confusion acabaría con la resistencia á aquellos males infecciosos. Y entonces.....quién sabe lo que sería de las sociedades! Dios suele guardar á los malos, por causa de los buenos. No perdonó á cinco ciudades pecadoras, porque no hubo diez justos: y cuando esté para acabarse el mundo, por razón de los elegidos se abreviarán los días de la tribulación.

En el orden de la Divina Providencia unos favores son anuncios de otros, cuando se aprovechan y agradecen. Al siervo bueno y fiel, Dios lo constituye en lo mucho, por su misericordia; pero también por que es bueno y fiel, y por consiguiente agradecido; y al malo, al perezoso, al ingrato, lo reprende y castiga, quitándole aquello que le había dado y haciéndolo arrojar á las tinieblas exteriores: porque al que tiene se le dará, y al que no, se le quitará (16). Tinieblas y muy densas son el naturalismo en sus diversas formas, que en lo privado y en lo público oculta la verdad, y las malas costumbres que lo apoyan....

(16). S. Mat XXV. y sig. 20.